

**ZONA
LIBRE**

Melany

**HISTORIA DE UNA
ANDRÉXICA**

**DOROTHY
JOAN HARRIS**

Norma

**ZONA
LIBRE**

Melany
(Historia de una anoréxica)

Dorothy Joan Harris

Traducción de:
Juan Manuel Pombo Abondano

Norma

mx.edicionesnorma.com
Bogotá, Buenos Aires, Ciudad de México,
Guatemala, Lima, San José, San Juan
y Santiago de Chile.

Harris, Dorothy Joan, 1931-

Melany : historia de una anoréxica / Dorothy Joan Harris.

— Bogotá : Editorial Norma, 2002.

208 p. ; 21 cm. — (Zona libre)

ISBN 958-04-6493-6

1. Novela juvenil canadiense 2. Anorexia en niños - Novela juvenil

3. Jóvenes - Novela I. Tit. II. Serie

I819.3 cd 19 ed.

AHL4169

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis-Angel Arango

Título original en inglés: *Even if it kills me*

D.R. © Dorothy Joan Harris, 1987, 2000

Publicado en español de acuerdo con

Scholastic Canada, Ltd., Ontario

D.R. © Editorial Norma, S.A., 2002, para Estados Unidos, México,

Guatemala, Puerto Rico, Costa Rica, Nicaragua, Honduras, San Salvador,

República Dominicana, Panamá, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia,

Paraguay, Uruguay, Argentina y Chile

D.R. © 2017, Educa Inventia, S.A. de C.V.

Av. Río Mixcoac 274, piso 4º, colonia Acacias,

Alcaldía de Benito Juárez, México, Ciudad de México, C. P. 03240.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra

sin permiso escrito de la editorial.

* El sello editorial “Norma”, está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V.,

a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Impreso en México – *Printed in Mexico*

Segunda edición 2011

Quinta reimpresión México: abril 2020

Dirección editorial: Marfa Candelaria Posada

Diseño de la colección: María Osorio y Fernando Duque

Diagramación y armada: Sonia Rubio

ISBN 978-958-45-2850-6

CONTENIDO

| | |
|---|-----|
| 1. El casillero de cumpleaños | 7 |
| 2. ¡Urgencia hospitalaria! | 25 |
| 3. Gordura de infancia | 37 |
| 4. Contando calorías | 47 |
| 5. Depre de cumpleaños | 63 |
| 6. Rutinas de almuerzo | 79 |
| 7. Comienzan las batallas | 93 |
| 8. La doctora Leeman | 109 |
| 9. ¿Alguien en quién confiar? | 121 |
| 10. Louanne | 131 |
| 11. Un ataque de ira | 141 |
| 12. Un descubrimiento sorprendente | 153 |
| 13. ¡Gorda otra vez! | 163 |
| 14. El muchacho en la sala de la televisión | 173 |
| 15. Equipo EC, dirigirse sección Second South | 189 |
| 16. Un nuevo día | 199 |

*Para Andrea
que ha estado allí*

1. El casillero de cumpleaños

A veces me pregunto cuándo empezó todo. ¿Acaso cuando papá me dijo aquellas cosas? Eso opina mamá; según ella, él tiene toda la culpa. Y papá, claro, opina que no, que si alguien empezó algo, fue ella, mamá. Después de todo es ella la que siempre está haciendo dietas y aspavientos preocupada por su *look*. Y el de Katy y el mío también. De manera que es, sobre todo, culpa de ella, dice él.

Sin embargo, yo sé que ambos se equivocan. En verdad, no es culpa de nadie, ni siquiera mía.

Aquella primavera no tuvo nada de particular. Papá viajó mucho, como era normal. Él es vicepresidente de una compañía de importaciones, de manera que tiene que hacer muchos viajes de negocios por toda Norteamérica y con frecuencia también por Europa. Suele decir que no le gusta viajar, que hacerlo no es tan fascinante como parece y que preferiría de mil amores quedarse en casa. No sé si creerle. Mamá definitivamente no le cree. No deja de quejarse delante de nosotras por sus ausencias prolongadas, pero cuando se queja delante de papá, él suele responderle:

–Bueno, mira, no olvides que es gracias a mi trabajo que podemos pagar esta casa y los nuevos muebles de la sala, por no hablar de la cantidad de ropa que tú compras para ti y para la niñas.

Ante eso, no es mucho lo que mamá puede replicar. Porque en verdad le gustan todas esas cosas. Le gusta la ropa fina y ver a sus hijas bien vestidas y una casa elegante. En casa jamás se ve un mueble que ya debió pasar a mejor vida ni nada en el lugar que no le corresponde.

Excepto en el cuarto de Katy, por supuesto. Katy es mi hermana mayor; no mucho mayor, apenas si me lleva quince meses. Pero no podríamos ser más distintas la una de la otra, aunque nos separaran quince años de edad: yo tengo los ojos y el pelo negros, este último liso y con flequillo, y ella es más

bien rubia y se hace rizos con permanente. Y nuestra manera de actuar es aún más diferente. Para empezar, Katy es alérgica a cualquier comida con aditivos y si se come algo que no le sienta bien, se pone hiperactiva. Eso significa que no se puede estar sentada en paz un segundo, que grita en vez de hablar y que la menor tontería la saca de casillas. Mamá no cesa en su lucha con Katy y hace lo posible por no tener comida con aditivos en casa. Pero eso no ayuda mucho cuando resulta que Katy come porquerías en casa de alguna amiga. Pero aunque no se haya comido nada que le siente mal, igual Katy explota fácil.

Yo soy todo lo contrario. Casi nunca doy alaridos, lo que no significa que no me ponga furiosa. Me da ira con frecuencia. Pero incluso cuando me muero de ira con alguien, por lo general no hago pataletas. En parte porque no quiero parecerme a Katy y en parte por las innumerables veces que mamá me ha repetido que las niñas decentes no gritan. Supongo que a Katy eso la tiene sin cuidado. Pero, en última instancia, hago lo que hago porque me encanta oírle decir a mamá:

–Melany, no sabes cómo me alegra que seas una niña juiciosa. No hubiera podido con otra hija como Katy.

Mamá no deja de repetirme eso. Lo volvió a decir una mañana justo después de que papá se fue en uno de sus viajes. Habíamos madrugado para despedirnos de él y luego Katy no dejó de vociferar

y dar vueltas por toda la cocina mientras desayunábamos, en un intento por convencer a mamá de que le comprara un nuevo suéter.

–Pero mamá, por favor –insistía Katy–, estoy segura que Anthony me va a invitar a su fiesta el sábado. ¡Lo presiento! ¡Y tú sabes lo encantador que es Anthony!

–Bueno, pues si te invita, puedes ir –dijo mamá tratando de tranquilizarla–. Pero ya tienes ropa más que suficiente para escoger.

–No tengo nada que se acerque a ese precioso suéter verde que tú acabas de comprar.

–Katy, ese suéter no le sienta a una persona joven como tú –dijo mamá con firmeza e intentó cambiar de tema–. No has acabado tu desayuno... siéntate y termina tu cereal.

Como me mantuve al margen de la discusión, yo ya había terminado el cereal y me preparaba una tostada. Sabía que por nada del mundo mamá le iba a prestar su suéter nuevo a Katy. Katy era especialista en manchar con comida o gaseosa cualquier ropa que le prestaran. Afortunadamente mis blusas le quedan pequeñas, pensé para mis adentros.

–De cualquier modo –continuó mamá–, ahí tienes una blusa para estrenar, la del cuello bordado. Puedes ponerte esa para la fiesta.

Entonces, por fin, Katy dejó de moverse por ahí haciendo aspavientos y se sentó en una silla:

–No puedo.

–¿Y por qué no, si se puede saber?

–Pues el otro día –refunfuñó Katy–, se me cayó al suelo en el armario y se arrugó toda, así que se me ocurrió darle una planchadita rápida y...

–¡Dios mío, Katy! –exclamó mamá con un suspiro exasperado–. Supongo que de nuevo le pasaste la plancha demasiado caliente.

–Bueno, pues tenía prisa.

–Katy, sabes muy bien que cualquier cosa bordada se plancha casi en frío. Te lo he dicho suficientes veces. ¿Arruinaste la blusa?

–Sólo el cuello. Se quemó un poco.

Mamá puso su taza de café sobre la mesa y se levantó.

–Será mejor que me la muestres –dijo en medio de otro suspiro– . Si sólo se estropeó el cuello quizá pueda hacer algo. Ven y miramos... es una blusa muy cara como para botarla.

Katy se puso también de pie y subió detrás de mamá. Así, la cocina quedó en paz. Le eché miel a mi tostada, la unté toda y luego la corté en tiras largas como solía hacer mamá cuando éramos pequeñas; todavía me gustan las tostadas así. Noté que el individual donde había comido Katy estaba que daba asco, todo chorreado de cereal. Ahora habría que limpiar todos los individuales.

Alcanzaba a oír a mamá y a Katy hablando arriba mientras escarbaban entre todos los cajones de blusas y suéteres del guardarropa de Katy. Pero de pronto me paralizó un corrientazo. Oí la voz de Katy diciendo:

–¿Qué tal el suéter trenzado de Melany? Es tan holgado que de pronto me queda bien.

Arrojé mi tostada y subí por las escaleras a toda velocidad. Entré justo en el momento en el que Katy abría la puerta de mi armario.

–¡Ni sueñes que te lo vas a poner! –grité–. ¡Deja mi ropa en paz!

–Pero si no he tocado tu pinche ropa –replicó furiosa Katy.

–¡No, pero ya lo ibas a hacer! ¡Aléjate de mi armario y sal de mi cuarto! Sabes que no me gusta que entres aquí.

Como cosa rara, en verdad, me sorprendí dando alaridos. Mamá pronto intervino para separarnos.

–¡Niñas, niñas! –dijo–. No se griten así. Las van a oír hasta en la calle.

Yo me callé, pero Katy siguió dando alaridos:

–¡La señorita perfecta! –empezó a pullarme–. Y su tonto cuarto perfectamente ordenado. Ves, estoy metiendo las manos en los bolsillos para que no se contamine nada, ¿satisfecha?

–Ya basta, Katy –dijo mamá al tiempo que le echaba una mirada a su reloj–. Te va a dejar el autobús si no te das prisa. Ve y termina de arreglarte para irte al colegio en este mismo instante. Ya veré yo después qué puedo hacer por la blusa.

Mamá arreó a Katy escaleras abajo. La alcancé a oír protestar inquieta porque Katy no se había acabado el cereal y luego escuché cerrar de un portazo la puerta de atrás. Como mi colegio queda

muy cerca de casa, no tengo que ir en autobús. Y menos mal, porque estaba tan furiosa que en ese momento no me hubiera ido a ningún lado con Katy. Además, también estaba brava con mamá. Debí advertirle a Katy que no se acercara a mi armario, así de sencillo. Sabe que no me gusta que se metan con mi cuarto.

Eché una última mirada para asegurarme de que todo estaba tal y como yo lo había dejado y entonces bajé. Mamá estaba sentada en la sala con la blusa de Katy en el regazo.

Yo seguía iracunda, pero mamá estaba demasiado ocupada como para darse cuenta. La observé dándole vuelta a la blusa y le pregunté:

–¿La podrás arreglar?

Mamá hizo un mohín con los labios:

–No lo sé. Quizá me toque descoser todo el cuello. Esa Katy... le he dicho que tenga cuidado con la plancha, pero jamás presta atención–. Levantó la mirada un segundo, y prosiguió–: Cómo me alegra que tú no seas así, Melany. ¿Ya te vas?

–Sí, hoy quiero llegar temprano al colegio.

–Bueno, entonces que te vaya bien.

Me dio un besito rápido en la mejilla y volvió sobre su costura. Salí sin hacer el menor ruido. Ahora, si yo fuera de la personas que tiran las puertas, con toda seguridad en ese instante hubiera sido lo justo. Estaba hasta la coronilla de Katy, Katy, Katy. Si mamá no lograba arreglar la tal blusa, casi con seguridad le compraba algo nuevo a Katy para tenerla tranquila.

Y además debió dejar claramente establecido que mi ropa era mi ropa. Más me vale no seguir creciendo porque de lo contrario me tocará ponerle candado a mi armario.

Y estaba creciendo un poco... un poco. Un poco arriba, quiero decir. De hecho mamá me compró mi primer sostén, pero no lo uso mucho. Muchas de las niñas en el colegio no se aguantan las ganas de empezar a ponerse sostén. Las veo todo el tiempo haciendo alarde de ellos cuando nos cambiamos para la clase de gimnasia. Haciendo alarde de sus... de sus pechos también. Sin embargo, a mí no me gusta ponerme el mío y menos mal mamá no insiste en ello.

Al colegio siempre me voy sola y a pie porque ninguna niña de mi curso vive cerca de nosotros. Allí paso casi todo el tiempo con Rhona Pilcher. No somos exactamente lo que se dice "las mejores amigas"... por lo menos no como esas sobre las que uno lee en los libros que todo lo hacen juntas y hablan horas por teléfono y se cuentan todos los secretos. Amigas así no tengo. Lo más parecido a un mejor amigo tal vez sea Dan McLaughlin, un muchacho que es nuestro vecino. Él y yo solíamos jugar juntos cuando éramos pequeños. Y todavía pasamos ratos juntos, generalmente en su casa en donde tiene montado un gran tren eléctrico en el sótano. Le fascinan sus trenes de juguete... y para ser honesta, a mí también. Pero Dan es un año menor y va un curso atrás en el colegio y por lo tanto allí

no lo veo mucho. Y ya no nos vamos al colegio juntos. Creo que esto es por mi culpa. Dan todavía parece un niño, me entienden, y no quiero que me molesten con la cosita de que mi novio es un niño. No quiero que me molesten con que tengo novio de ningún tipo. De manera que camino al colegio sola y allí voy a clases con Rhona.

Algunas veces pienso que en realidad Rhona no me cae muy bien. Hay otras niñas en mi curso que creo que me caen mejor, pero todas ya parecen tener sus amigas. Entonces, como Rhona y yo tenemos los casilleros uno al lado del otro y ella tampoco tiene amigas, de allí nos vamos juntas a clases.

Aquel día, cuando llegué a mi fila de casilleros, vi una turba de muchachos en uno de los extremos. Hacían corrillo alrededor de Valery Novak y observaban su casillero. Lo habían decorado con serpentinas blancas y rojas y unas flores de papel hechas con Kleenex y un letrero enorme que decía *¡Feliz Cumpleaños!* Es una vieja costumbre de nuestro colegio: si uno tiene muchos amigos, te decoran el casillero como sorpresa el día de tu cumpleaños. No sería mucha sorpresa para Valery. Ella sabía que sus amigos harían escándalo el día de su cumpleaños. Después de todo, ella es la chica más popular de nuestro curso. Es una niña alta y esbelta con largo pelo rubio y liso que la hace aún más esbelta y sabe cómo hacer ojitos y hacer que los chicos le rindan pleitesía. Y ahora actuaba a la perfección su gran sorpresa.

–¡Dios mío –exclamó, mirando a la multitud y sonriendo con coqueta timidez–. ¡Qué cosa más linda! ¿Quién hizo esto? ¡Apuesto a que tú metiste la mano, Paul!

Sabía perfectamente que Paul Dunstable había metido la mano. Él la acompaña al colegio todos los días.

–Sí, yo ayudé –admitió Paul–. Pero Andrea y Tammy hicieron las flores.

–¿En serio? –dijo y se deshacía en gratitud para con las dos niñas en medio del grupo–. ¿Lo hicieron ustedes, en serio?

Alguien cerró con fuerza el casillero a mi lado y me giré para ver a Rhona:

–¡Guácale, qué asco –dijo con una mueca desdeñosa en dirección a Valery–. ¡Qué empalago! ¡Qué farsa!

–Sí, estoy de acuerdo –dije.

–De cualquier forma, toda la cosa es una gran tontería– continuó Rhona–. ¿Qué gracia tiene colgar un par de serpentinas de la puerta de un casillero? ¿A quién le importa un...?

En ese momento sonó la primera campana. Metí la cabeza dentro de mi casillero para sacar mis libros y aproveché eso para no tener que contestar porque francamente no quería contarle a Rhona lo que en realidad estaba pensando. No iba a decirle lo mucho que me gustaría estar en medio de una buena cantidad de amigos exactamente en la misma situación en la que estaba Valery; lo mucho que me gustaría encontrar mi casillero decorado el día de

mi cumpleaños. Deseaba aquello tanto que casi de buena gana sacrificaba mis buenas calificaciones por eso. Es más, en efecto, no faltaba mucho tiempo para mi cumpleaños, a comienzos de mayo, y podía imaginarme muy bien lo que sería llegar al colegio y acercarme por el corredor con un grupo de amigos y de pronto ver mi casillero decorado. Claro que yo no exageraría, como lo estaba haciendo Valery. Yo simplemente me pondría de pie, al frente, y dejaría ver que estaba contenta.

Pero yo no tengo una multitud de amigos. De manera que si le pidiera el favor a Rhona de que lo hiciera por mí –cosa que no haría– me vería bastante ridícula ahí sola y de pie observando mi casillero, ¿no les parece?

Tampoco me contesté esta última pregunta.

Una vez encontré mis libros, me apresuré por el corredor sin siquiera esperar a Rhona. Y sin lanzar otra mirada a las coloridas serpentinas, flores y el letrero de *¡Feliz cumpleaños!* de Valery.

Ese día, cuando llegué a casa después del colegio, vi la blusa de Katy colgada del espaldar de una silla. Mamá le había quitado el cuello bordado que se había quemado y le puso a cambio un cuello redondo sencillo que me pareció que se veía muy bien. Ahora, que le gustara o no a Katy, era otro cuento. Si no le gustaba, podía aún tener planes para mi holgado suéter de trenzas. Así que resolví que sería mejor

esconderlo un rato. Subí a mi cuarto con el propósito de meter el suéter en el fondo del cajón en donde guardo mi ropa interior con mis pijamas y camisas de dormir bien dobladitas encima.

Me gusta tener mis cajones en orden. Me gusta tener mi cuarto en orden. Pero en ese momento vi que mi escritorio no lo estaba: había encima un proyecto de ciencias sobre "Futuros medios de transporte". Ciencias no es una materia que me mate, pero a nuestro profesor de ciencias, el señor Boucher, le gustan los proyectos llenos de diagramas bonitos, de manera que se me ocurrió que, si los hacía, podía sacar una buena nota.

Me senté en el escritorio y me puse a mirar un rato con ceño fruncido el diagrama que estaba dibujando. En lo que a diagramas concierne, no estaba del todo mal, pero ciertamente no parecía ser el vehículo anfibio del futuro. Estaba en eso, cuando sonó el teléfono abajo.

–¡Yo contesto! –oí que gritó Katy, que en ese momento entraba por la puerta de atrás.

–¡Debe ser Anthony, que me llama!

La escuché levantar el teléfono y saludar con un alegre *hola*, pero en el acto el tono de su voz cambió:

–¡Melany, es Dan! ¡Tu novio!

Esta última palabra la moduló con un tonito burlón y cantarino que odio cuando lo hace. Bajé a las carreras y le rapé el teléfono de las manos:

–¡No es mi novio! –le susurré iracunda, cubriendo la bocina con la mano.

–¿Y por qué no? Es un chico, ¿verdad? ¿Qué tiene de malo? –dijo con inocencia.

–Es un chico... y un amigo –le repliqué, haciendo una pausa de ira entre las dos palabras.

–En fin, lo que sea.

Se sacudió de hombros y se marchó. Esperé hasta que estuviera lo suficientemente lejos como para que no alcanzara a oír mi conversación.

–Hola, Dan –saludé por fin.

–Hola, Melany –dijo Dan y, si alcanzó a escuchar nuestra pequeña refriega, simuló muy bien no haberla oído-. ¿Puedes venir? Tengo una señal nueva para el tren.

–Estoy trabajando en mi proyecto para ciencias –le dije.

–Llevas semanas dándole a eso.

–Sí, lo sé. Pero es que su calificación es la mitad de la nota final y no logro que mi dibujo de un vehículo anfibia del futuro se parezca a nada.

–¿Por qué no traes tu dibujo? –sugirió Dan-. Tal vez te pueda ayudar y después probamos la nueva señal.

Parecía una idea muy razonable ya que Dan era bastante bueno en ciencias. De manera que fui con mi diagrama. Lo examinó un rato y luego dijo:

–No está mal. Para nada mal.

–No está bien –protesté.

–Bueno, pues Boucher comprenderá qué es lo que quieres mostrar. No se necesita que sea perfecto.

–¡Pues yo sí quiero que sea perfecto! ¡Quiero que todo el proyecto salga perfecto!

–Melany –dijo Dan, esta vez imprimiéndole un tono de paciencia a la voz–, tú sabes que no vas a sacar cien sobre cien en un proyecto de ciencias, nadie lo saca, nunca.

–Lo sé, sólo que me molestan las cosas que no quedan bien hechas.

Dan se mordió los labios, meditabundo:

–Bueno –dijo–, hagamos una cosa. Si tú quieres, esta noche hablamos con papá. Estoy seguro de que tendrá algunos libros o revistas de ingeniería que podrías mirar.

–¿Lo harías? Mil gracias, Dan.

–Seguro. No hay problema –dijo y se dirigió al sótano–. Ven, tengo chocolate caliente ya hecho.

La mayor parte del cuarto de juegos de los McLaughlin lo ocupa el circuito para el tren eléctrico. Empezó siendo de su padre, pero ya hace mucho tiempo que a Dan se le permite manejarlo. Está montado sobre una enorme mesa y una intrincada red de vías férreas cruza por entre un verdadero paisaje en miniatura con carreteras, árboles, casas diminutas y estaciones de tren. La nueva señal de la que hablaba Dan era para un paso a nivel: tan pronto como el tren llegaba a determinado punto en la vía, una pequeña barrera se bajaba para cruzar sobre una carretera y se encendía una señal de luz intermitente, tal y como lo hacen las de verdad. Fue muy agradable. Dan me dejó manejar los controles y la hicimos funcionar una y otra vez.

Me gusta jugar con los trenes de Dan. Todo es tan diminuto y tan... tan perfecto. La pequeña y negra locomotora a vapor que arrastra los vagones es exactamente igual a una de verdad, con todo y bielas que suben y bajan al tiempo que se mueven las ruedas. La locomotora se la envió el abuelo de Dan, desde Inglaterra. Me encanta sentarme en el control para escoger por dónde van a ir los trenes y observar la pequeña locomotora a vapor resoplando mientras avanza. Y jamás tengo que preocuparme de quedarme sin conversación cuando estoy con Dan. Simplemente nos sentamos ahí y jugamos con los trenes y a veces ni siquiera tenemos que hablar.

Y su chocolate caliente le queda muy sabroso también. Echa más o menos seis cucharadas de chocolate en polvo por tazón y luego le agrega marmelos. Queda como comer chocolate en barra pero en tazón. De modo que para cuando volví a casa no tenía mucha hambre.

Pero no importó mucho. La comida esa noche fue más bien escasa, cosa que ocurre con frecuencia cuando papá está de viaje.

–¿Y esta noche tenemos sobrados de pollo insípido? –dijo Katy arrugando las narices sobre su plato–. ¿Y no hay salsa de queso para el brócoli?

–Puedes ponerle un poco de mantequilla –le dijo mamá.

–Cuando papá está siempre haces salsa de queso.

–Precisamente; cuando estamos solas intento hacer comidas más ligeras. ¿Sabes cuántas calorías tiene la salsa de queso?

–No, ni idea. Sólo sé que hace que el brócoli sepa mejor.

–Pero claro, con la cantidad de crema y mantequilla y queso que le pongo, qué tal que no; pero también por eso es que engorda tanto.

–¿Y? –farfulló Katy, empujando displicente la comida con los cubiertos–. Yo preferiría ser gorda.

–No, no lo preferirías –le dijo mamá–. Mucho menos con la inauguración de la piscina en el club dentro de un par de semanas. No te sentirías bien dentro de un traje de baño si fueras gorda. A mí personalmente me gustaría quitarme un par de kilos de encima antes de volver a ponerme un traje de baño. Me imagino que si no desayuno de vez en cuando y como comidas ligeras como esta durante un tiempo, lo logro. El pollo y el brócoli son bajos en calorías... como cincuenta por porción.

Yo me desconecté de la conversación. Cuando a mamá le daba por las calorías y las dietas, sabía que iba para rato, y aburrido y largo. Ahí medio piqué el pollo y le di vueltas al brócoli en el plato. Tan pronto como pude me excusé y me subí al cuarto.

Adoro mi cuarto. Me alegra tanto que en esta familia sólo seamos Katy y yo porque así dispongo de un cuarto para mí solita. Y me encanta la decoración: papel rosado de colgadura con un motivo de flores, muebles de madera pintados de blanco, unas cortinas también rosadas y la alfombra. Yo misma escogí el papel de colgadura y le pegué unas calcomanías de flores al tocador, al espejo y a mi

baúl de juguetes, que todavía conservo y todos mis animales de peluche amontonados encima, excepto por mi gatico blanco que descansa en la mitad de mi cama. Cuando estoy en mi cuarto, rodeada de todas las cosas que más me gustan dispuestas tal y como yo quiero, me siento a salvo, segura. A salvo y segura, como si nada malo me pudiera ocurrir. Nada malo como sacar malas calificaciones o ser la última que escogen en clase de gimnasia o... o que me llegue la regla en el colegio de manera inesperada. Esto último me preocupa mucho, tanto, que no sería simplemente malo que ocurriera, sino espantoso. Y bien puede suceder. Mis períodos son muy irregulares. Nunca sé cuándo me puede llegar el siguiente. En fin, si eso me llega a ocurrir, me muero.

Me senté en el escritorio y extendí de nuevo mi proyecto de ciencias. Pero como no tenía sentido seguir dándole a mi vehículo anfibio hasta que Dan hubiera hablado con su papá, entonces me puse a echarle sombra a uno de los diagramas hasta que de pronto me dio por acercar el pequeño tiovivo de porcelana que tengo en un extremo de la mesa del escritorio y le di cuerda. El tiovivo venía sobre la torta de cuando cumplí nueve años. Durante la primaria me hacían unas fiestas maravillosas para celebrar mi cumpleaños. Mamá me dejaba invitar a todas las niñas del curso sin importar cuántas fueran, y siempre compraba una enorme y vistosa torta. Ya la había oído hablar del cumpleaños que se acercaba.

–Pronto cumplirás tus catorce años, Melany –dijo–. ¿No te gustaría una fiesta con chicos este año? Podrías hacerla en la sala y allí tendrían espacio para bailar un rato si quisieran.

Yo la evitaba diciendo que iba a pensarlo, aunque ya sabía que no quería una fiesta bailable. Para empezar, no conozco a nadie de mi curso lo suficientemente bien como para invitarlo, es más, ni siquiera entre las niñas. Y con seguridad a ninguno de los chicos. Pero incluso si invitara a un grupo de ellos, y eso en el caso de que vinieran.... no sabría de qué hablarles. Particularmente a los muchachos. Nunca sé qué decirle a un muchacho.

Solté un suspiro y volví sobre las sombras del diagrama. La vida era mucho más sencilla cuando tenía nueve años, pensé con tristeza. Nada de proyectos ni exámenes. Los chicos no eran más que unas criaturas de las que uno se alejaba en los recreos y nadie esperaba que uno les dirigiera la palabra. Y mientras uno supiera saltar al lazo, podía unirse a la diversión como todos los demás.

No pude menos que desear tener nueve años otra vez.